



DMITRY
GLUKHOVSKY
OUTPOST 2

minotauro

DMITRY GLUKHOVSKY

OUTPOST 2

minotauro

Outpost 2
Título original: *ПЛОТ 2*

Copyright © 2020, Dmitry Glukhovsky
Publicado por acuerdo con www.nibbe-literary-agency.com

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Joan Josep Mussarra Roca, 2023
Ilustración de la cubierta: © Michał Kawczyk
Desarrollo de la cubierta: Book & Look

ISBN: 978-84-450-1478-3
Depósito legal: B. 3929-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

1

Usted era amigo del *sótnik* Krigov, ¿verdad, Yuri Evguénievich?
El coronel Surganov mira a los ojos a Lisitsin. Su mirada es amigable, cálida. Pero Lisitsin desconfía.

¿Qué quiere decir con «amigo»? ¿Y por qué «era»? ¿Acaso esa pregunta insinúa que debería renunciar a su amistad?

Cuando el máximo responsable del contraespionaje militar plantea una pregunta, la respuesta tiene que ser bien meditada... y rápida. A Lisitsin ya se le ha ocurrido que el coronel sabe muy bien la respuesta y está poniendo a prueba su sinceridad.

—Sí, señor coronel. Pero ¿por qué me pregunta si lo «era»? Todavía somos amigos.

Trata de evitar la mirada astuta de Surganov, sus cejas enarcadas, las comisuras de sus labios vueltas hacia arriba. E intenta responderle con una expresión parecida en el rostro... afable y gentil, como si no tuviera idea de las purgas que Surganov está llevando a cabo en el ejército.

—Así que todavía son amigos. Vaya, vaya.

2

En el Salón de San Jorge del Gran Palacio del Kremlin se oían crujidos de cuero y ásperos susurros. Se sentía olor a colonia de oficial —áspera como el amoniaco— y aroma dulzón a tabaco.

Habían ido allí a esperar al soberano.

Lo único que resaltaba de las paredes de mármol blanco eran las cruces doradas de San Jorge. En el techo resplandecían grandes lámparas de araña hechas de bronce, con cientos de velas. El parqué en espiga, liso como un espejo, relucía bajo las botas. A lo largo de las paredes había bancos forrados de terciopelo rojo, pero, por supuesto, no estaba permitido sentarse en ellos, igual que también estaba prohibido caminar por el salón. Sí les permitían ir desplazando el peso del cuerpo, ahora sobre una pierna, ahora sobre la otra.

Llevaban una hora y media de espera. Y si era necesario, aguardarían durante toda una eternidad. Los cosacos sabían mantenerse en formación.

—¡Sea como sea, imagínate, aún era virgen! —susurraba Krigov, entusiasta, al oído de Yuri Lisitsin—. ¡Qué potra he tenido, yo mismo no me lo puedo creer!

—Porque eres un romántico —le susurró a su vez Lisitsin—. Las chicas se dan cuenta y depositan su confianza en ti. Y cuando te han echado la zarpa, ya no puedes escapar.

Lisitsin estaba nervioso, apenas si había dormido durante la noche. Pero Krigov hacía como si nada.

—Se vuelven locas por el uniforme. Sobre todo, por la gorra —confesó Krigov—. Basta con que la dejes sobre la mesa en un café y se lanzan encima. Vienen solas.

—Porque has nacido con suerte. Si yo dejo la gorra sobre la mesa, los únicos que vienen son los de la policía a pedirme la autorización para salir del cuartel. Ni rastro de tías.

—Porque eres de pueblo, Yuri. Se te nota demasiado. ¿A que cuando vienen les ofreces pipas de girasol? ¿Verdad que sí?

—Bueno, sí, ¿qué pasa?

—Ah, no, nada. Esta noche te enseñaré cómo tienes que comportarte en Moscú. ¡Iremos a un par de lugares donde se pesca bien y les echaremos el anzuelo!

La puerta se abrió de golpe y el oficial al mando, un cosaco de bigote y barba canosos, entró en el salón con paso vivo.

—¡Atención! ¡Firmes!

Los susurros se interrumpieron en seco. Al erguirse las espaldas, las correas de cuero se estiraron y crujieron. Se oyó desde lejos el golpeteo de los talones sobre la madera pulida.

El soberano había llegado, acompañado por su séquito.

Los guardias que se encargaban de las puertas avanzaron al frente, respiraron hondo y abrieron con energía, como habían hecho antes en el dorado Salón de San Alejandro, y un poco antes en el Salón de San Andrés, donde se hallaban el trono y los escudos de armas, y todavía antes en el Salón de la Guardia de Caballería, cubierto de mullidas alfombras.

—¡Su Majestad Imperial, el Soberano y Autócrata de Moscú, Arkadi Mijáilovich!

Lisitsin se había quedado sin aliento. Krigov contenía el suyo. Los otros cuarenta y ocho *sótniks*, *yesaúls* y *podyesaúls* —rangos militares típicamente rusos— seleccionados de entre todo el ejército, de entre todo el país, para aquella ceremonia tampoco osaban respirar. Todos ellos habrían querido estirar la nariz, aunque solo fuera un milímetro, con tal de ver a Su Majestad, pero ninguno de ellos se atrevió.

Y, entonces, hizo su entrada.

No muy alto, de cuerpo encorvado, inesperadamente joven. Los retratos que se sacaban para los desfiles lo representaban con más años y mayor resolución, con las espaldas más erguidas y mayor garbo. Pero para eso están los retratos.

Detrás de él entraron los oficiales adjuntos, los ordenanzas, dos generales cosacos —Sterligov y el manco Burya— y el barrigudo comandante en jefe, el atamán del Ejército de Moscovia, Poluyarov. Tintineo de medallas, golpeteo de espuelas, repiqueteo de sables.

Todos se cuadraron.

Era imposible no mirar al soberano. El oficial al mando les había dicho: «¡No le pongáis los ojos encima!», pero todo el mundo lo observaba con disimulo, aunque tuvieran que bizquear hacia la nariz.

Sí, tenía el cuerpo pequeño y encorvado. No era calvo, pero le faltaba cabello, a pesar de su juventud. Y, sin embargo, quedó claro desde el primer instante por qué todo el mundo lo obedecía sin discusión. Desde que pronunció su primera palabra —en voz baja pero clara—, a todo el mundo se le puso la carne de gallina.

—¡Soldados..., os saludo!

—¡Gloria a Su Majestad! —se oyó, como si retumbara una única voz.

El soberano dio un paso hacia atrás, como para poder contemplar la formación entera. Vestía un uniforme sencillo, de oficial de campo, con una pistolera en el costado y unas botas muy muy gastadas.

Lisitsin se dio cuenta de que tenía el cuerpo cubierto de sudor. Él, que no había sudado bajo las trincheras, ni bajo los proyectiles de los BM-21, ni en

las operaciones de limpieza que habían realizado en los pueblos que se encontraban a orillas del río, cuando había dado la espalda a las casas ya desiertas.

—Le pedí a Vladímir Vitalyich, vuestro atamán, que eligiera a los mejores entre vosotros para este encuentro de hoy —empezó a decir el soberano—. A los que se han distinguido en combate. A los que no se atemorizaron ante la muerte, con tal de salvar a un camarada. A los que se han presentado voluntarios para ir al frente. A los que pedían volver a la batalla mientras se recuperaban en la enfermería. Le dije: «Vladímir Vitalyich, dame a cincuenta guerreros como ellos y con su ayuda transformaré el mundo». Y ahora estáis aquí, los más valientes entre los más valientes.

Lisitsin sentía el martilleo del corazón en el pecho.

—Nuestra patria ha vivido tiempos de oscuridad y confusión. De un día para otro, el enemigo nos arrebató conquistas que nuestros gloriosos antepasados llevaron a cabo a lo largo de milenios. Ni vosotros ni yo mismo pudimos hacer nada por impedirlo. Pero mi padre, ¡bendito sea su recuerdo!, logró poner fin a aquel robo, y a mí me corresponde recobrar lo que nos fue arrebatado. A mí me corresponde..., y vosotros estaréis a mi lado, si es que no me negáis vuestra fidelidad. ¿Y bien? ¡;Me la vais a negar?!

—¡De ningún modo! —bramó la emocionada compañía.

—Nuestro imperio fue obra de los cosacos. Sin los cosacos, Rusia no se habría adueñado de Siberia, ni de Kamchatka, ni de Chukotka, ni tampoco del Cáucaso. Sin Yermak, sin Piotr Bekétov, sin Semión Dezhnirov, la historia de Rusia no habría existido. ¡Y ahora que Rusia debe renacer a partir de Moscovia, tampoco podríamos lograrlo sin los cosacos! ¿Os gusta que así sea?

—¡Desde luego!

—¡Eso es lo que quería oír! Ahora mismo sois cincuenta, ni uno más, ni uno menos. Estaré a menudo con vosotros..., quiero teneros a la vista. Se acerca vuestra hora. Tenéis que saber que el soberano y la patria no olvidan a quienes les han servido con lealtad. Pero lo más importante es que el pueblo tampoco os va a olvidar.

Se volvió hacia el ordenanza, que sostenía con las manos un cofre revestido de terciopelo rojo, con adornos de oro.

—¡Sígame!

El emperador avanzó hacia la columna.

Sacó del cofre una cruz dorada de San Jorge y la prendió con sus propias manos en la solapa del primero de la formación, el *yesaiúl* Morozov,

un hombre de gran estatura. Le estrechó la mano. Le preguntó cómo era la vida en el ejército. El hombre, abrumado, no hacía más que asentir.

Entonces, le llegó el turno a Lisitsin.

El emperador le llegaba al mentón. En su nariz se reconocía una fractura antigua y tenía pelos en las orejas. Apeataba a buen tabaco de importación y a coñac. Lisitsin se sorprendió ante aquellos detalles demasiado humanos. Era extraño que el ungido de Dios tuviera características que habrían podido constar en un acta policial. La memoria de Lisitsin las almacenó y, de inmediato, trató de olvidarlas. A sus nietos les hablaría sobre otras cosas. Sobre la felicidad que lo había embargado y sobre el incomparable orgullo que había sentido por estar allí aquel día.

—¿Qué tal la vida militar? —le preguntó el soberano, al tiempo que prendía la medalla en la solapa de Lisitsin.

—¡Siempre dispuesto a servir! —gritó Yuri.

El emperador le dio unas palmadas paternas en el hombro y pasó a Krigov. Lisitsin trataba de apaciguar los violentos latidos de su propio corazón y se lamentaba de que aquel instante hubiera sido tan breve. «El emperador me pregunta que qué tal la vida militar... y yo, tonto de mí...»

—¿Ninguna queja? —preguntó el soberano a Krigov—. ¿Estás satisfecho con todo?

Lisitsin no pudo evitar observarlos por el rabillo del ojo.

—¿Debo responderos con sinceridad, Mi Muy Graciosa Majestad? —dijo súbitamente Krigov.

Yuri se estremeció. «¿Pero con qué sales ahora, Sasha? Si serás imbécil... Cómo puedes decirle al zar...»

—Siempre hay que responder con sinceridad al emperador —respondió este, con una sonrisa.

—Se ha cometido una injusticia.

El emperador alzó los ojos hacia él.

—¿De qué se trata?

—Otro hombre debería estar aquí, en mi lugar.

—¿Quién?

El atamán Poluyarov y el general manco Burya tenían la oreja puesta en ellos y estaban a punto de acercarse, pero se contuvieron.

—Vazgen Balasanyan. Servimos juntos. Nos hirieron en la misma batalla. En el Daguestán. Me rescató bajo las balas.

Lisitsin sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes.

—¿Y qué ocurrió con el tal Vazgen? —El emperador miraba a Krigov con rostro grave—. ¿Cayó en combate?

—No lo seleccionaron para estar aquí.

—¿Y por qué motivo, amigo mío?

Lisitsin no podía más y se volvió a medias hacia Krigov y hacia el emperador. ¿Por qué le cuenta todo eso? ¿Por qué al soberano? ¿Es que se ha vuelto loco?

—Lo excluyeron en el último momento. Por armenio.

—¿Y por qué?

—Para que no echara a perder este acto. Para que todos los que asistiéramos a este acto, a la entrega de las condecoraciones, fuéramos todos eslavos. Si el soberano me lo permite, le cederé mi cruz a Vazgen Balasanyan.

El atamán Poluyarov lo había oído todo. El viejo cabrón. Levantó las cejas y se frotó los labios con el puño cerrado.

—¿Quién tomó tal decisión?

—No lo sé.

El atamán del Ejército de Moscovia clavó los ojos en Krigov como si estuviera a punto de desenvainar el sable. El propio Krigov no se dio cuenta, pero Lisitsin estaba pendiente de todo.

—¿Cómo... no lo sabes?

—No puedo saberlo, Mi Muy Graciosa Majestad.

El soberano arrugó las cejas y observó a Krigov con mirada inquisitiva; contempló sus ojos grises, honrados y sinceros, su barba trigueña y sus cejas sin color, el contorno de sus labios arqueados y su respiración. Y, entonces, se percató de la mirada que Krigov, sin darse cuenta él mismo, dirigía al atamán. Se volvió de pronto y vio que Poluyarov bajaba la cabeza.

—¿Se encuentra en este lugar algún otro que haya conocido a ese tal Balasanyan? —preguntó el emperador—. ¿Hay algún otro que tenga alguna idea sobre esto?

Poluyarov se adelantó y carraspeó.

—Permitidme, Mi Muy Graciosa Majestad, que...

—Espere un momento, Vladímir Vitalyich, un momento. ¿Y bien? ¿Alguno de los presentes puede confirmarme lo que acabo de oír?

Krigov miraba al frente. Lisitsin también miraba al frente.

«¡Balasanyan no te había pedido esto, idiota!» —chilla Yuri a Krigov, tan solo con el pensamiento—. «¿Cómo diablos se te ocurre hacerte el justiciero? El zar, como mucho, asentirá, y luego lo olvidará todo, porque

tiene un montón de cosas de zares en las que pensar..., pero Poluyarov no lo va a olvidar... Pagarás por esta y Balasanyan también. Os va a joder a los dos.»

—Si aceptamos armenios en las filas de los cosacos, si esperamos que los cosacos derramen su sangre por nuestra patria, con independencia de que sean armenios, o tátaros, o, ¡que el Señor me perdone!, judíos... deberán ser nuestros iguales en todo. El cosaco de verdad no es el que ha nacido de madre cosaca, sino el que no ha deshonrado su uniforme. ¿Y ahora tú me cuentas que uno de vuestros comandantes no lo ve así? Se trata de una acusación grave, muy grave... ¿Y bien, Vladímir Vitalyich? ¿Se ha faltado a la igualdad entre cosacos, a la fraternidad que los une?

—Si así fuera, que otro hombre lo confirme, Mi Muy Graciosa Majestad... ¡Que por lo menos comparezca otro desgraciado como este y confirme su calumnia! —masculló el atamán Poluyarov.

Krigov miró de reojo a Lisitsin. Ambos sabían por qué Balasanyan, que había ido con ellos a la capital para recibir la Cruz de San Jorge, se había marchado de tabernas aquella mañana para ahogar las penas en alcohol.

Porque Poluyarov necesitaba que un puesto quedara vacío para poder meter a su sobrino en la lista de los que iban a recibir la condecoración. Tampoco estaba claro que fuera su sobrino... Circulaba toda clase de rumores sobre el joven *podyesaúl*, así como sobre las aficiones de Poluyarov. ¡Al viejo verde le iban los jovencitos!

Lisitsin sintió como si la boca se le llenara de arena. La lengua se le pegó al paladar.

Poluyarov había ostentado el mando sobre los cosacos de Moscú desde los tiempos de la Restauración. Su posición era firme como la de una roca, habría sido impensable ponerla en duda. Y no lo tenía nada difícil para eliminar a sus enemigos, porque podía mandar a cualquiera a la muerte tan solo con una orden.

—Bien. ¿Se encargará usted de resolver este asunto, Vladímir Vitalyich? Desde luego que iba a encargarse del asunto.

En cuanto amaneciese, mandaría a Krigov de retorno al Cáucaso, a la matanza, y un par de días después le concederían su tercera Cruz de San Jorge... a título póstumo.

Ay... Sasha, Sasha... Pobre idiota.

Lisitsin se miraba las puntas de las botas. Estaban recién lustradas y brillaban.

Después de toda la alegría y la ansiedad con que habían hecho los preparativos... ¡Tenía que ser un gran día! Por supuesto que Balasanyan, al enterarse de que no asistiría, había dado un portazo, se había marchado por la calle pegando gritos, pero era sureño, los sureños son temperamentales... Había desahogado la rabia, sí, nada más. Y después de lo ocurrido se hallaría también en una situación muy difícil.

Krigov aguantó con estoicismo la traición de Yuri. No le pidió ayuda, ni siquiera le dio con el codo. No quería arrastrarlo al abismo. «Eres buen tío, Krigov. Y un compañero en quien se puede confiar. Perdóname. Adiós.»

El soberano ya casi había pasado de largo... Se dirigía hacia un miembro de otro regimiento, un hombre de aspecto brutal.

—Mi Muy Graciosa Majestad...

De pronto, Lisitsin había oído su propia voz. Pero sonaba como la de un extraño... ronca y chillona. La sequedad de su garganta y la torpeza de su lengua a duras penas le dejaban pronunciar las palabras.

El emperador no parecía entender de qué iba aquello, pero Poluyarov sí comprendió de inmediato. Se acercó a Lisitsin para darle a entender que lo devoraría sin piedad.

—¡Mi Muy Graciosa Majestad!

Era su voz, la de Lisitsin. Más fuerte, más potente.

—¿Sí? —preguntó el emperador, volviéndose.

—¡*Sótnik* Lisitsin! —graznó Yuri—. Confirмо todo lo que el *sótnik* Krigov ha dicho sobre Balasanyan. La concesión de la Cruz le fue negada en el último momento por los mandos, por los motivos que el *sótnik* Krigov ha expuesto. Yo estaba presente.

—¿Y cuál de los mandos anunció tal decisión? —preguntó el soberano, en tono malicioso.

Lisitsin calló. Sabía que, si hablaba, no se lo iban a perdonar. Sacar a un camarada de un aprieto era una cosa; señalar al culpable, otra. El emperador lo miró a la cara con sorna. Era evidente que él mismo ya se imaginaba a cuál de los oficiales encubría. El corazón de Lisitsin palpita-ba como enloquecido. Había perdido todo el coraje, sentía el peso de los problemas que iba a padecer y la certidumbre de que Krigov y él mismo acababan de arruinarse la vida.

Poluyarov se aclaró la garganta.

—Fui yo, Mi Muy Graciosa Majestad. Estoy dispuesto a responder en persona.

—Más le vale. Porque no podemos dar semejante ejemplo a nuestros oficiales y soldados, Vladímir Vitalyich. Porque nuestra gran Rusia fue y volverá a ser la patria de todos los pueblos que vivieron en ella y de todos los que quieran volver a vivir en ella. Una casa común, una causa común... si no, no podremos recomponer jamás sus fragmentos. No me voy a cansar de decirlo, Vladímir Vitalyich, yo prometo el perdón a todos los rebeldes que se arrepientan de sus actos y quieran regresar con nosotros..., y ahora me encuentro con que suceden tales cosas... bajo mis propias narices.

—Mi Muy Graciosa Majestad..., por favor..., deberíamos hablarlo a solas... —El atamán Poluyarov estaba rojo como un tomate y empezaba a tartamudear.

—Yo le pedí, Vladímir Vitalyich, cincuenta guerreros con los que pudiera cambiar el mundo. Confíe en usted. Y ahora resulta que por su culpa tendré que rehacer mis planes. Le ruego que se despoje de su sable... Puede entregarlo a Burya.

—Mi Muy Graciosa Majestad... Arkadi Mijáilovich...

—¡Silencio!

El emperador se volvió hacia el general manco Burya:

—Aleksandr Stepánovich, usted se hará cargo provisionalmente del mando supremo. Luego veremos qué hacemos.

El general Burya —un hombre pequeño, nervudo— parpadeó y dio un paso resuelto hacia Poluyarov. Tendió su única mano para que el atamán le entregara el sable.

—Por favor, entréguemelo, Vladímir Vitalyich.

Y todo aquello... frente a Lisitsin, frente a Krigov, frente a los cincuenta, en mortal silencio, entre el mármol blanco y el oro pálido del Salón de San Jorge. Todos los cosacos miraban al vacío. Ni uno solo de ellos osaba volver los ojos hacia Poluyarov.

Poluyarov tiró torpemente hacia arriba del cinturón del que colgaba el sable, hizo que se deslizara sobre sus rollizos costados, sobre sus gigantes charreteras, y se le enredó. Entonces trató de soltar el sable del cinturón... y durante todo ese tiempo los cosacos guardaban silencio. Y el emperador también callaba.

Cuando, por fin, Poluyarov hubo terminado, Burya tomó en sus manos aquel sable inútil. Los soldados contenían el aliento.

—Los cosacos estamos unidos en una hermandad que ha durado casi cinco siglos. No es la sangre la que hace al cosaco, sino el coraje y la lealtad a la patria, la tradición militar. ¡Si no amamos nuestras tradiciones, la patria no revivirá! Si traicionamos a nuestros ancestros, no volveremos a alzarnos de las cenizas. ¡Si no recordamos nuestra historia, permaneceremos de rodillas por siempre! Ese uniforme, que se cosió a medida para vosotros, es el mismo que llevaron vuestros tatarabuelos. No es el patético uniforme de camuflaje del ejército que no pudo salvar a Rusia. No es la chaqueta verde de los ateos, sino ese uniforme sobre el que se escribió: ¡Honor y conciencia, valor y lealtad! Honor, Vladímir Vitalyich, y conciencia. Puedes marcharte.

El degradado oficial dio media vuelta y quiso abandonar el salón con porte militar. Inconscientemente, trató de apoyar la mano derecha sobre la empuñadura del sable y tan solo halló el vacío. Al llegar a la puerta, tropezó con la alfombra. Todo el mundo guardaba silencio.

El general Burya no miraba ni a Krigov ni a Lisitsin.

El soberano le hizo un gesto con la cabeza al ordenanza, abrió el cofre y la ceremonia prosiguió.

—¿Qué tal la vida militar?

3

Aquella misma noche, Lisitsin, Krigov y Balasanyan salieron del antiguo Hotel Pekín, donde la tropa de cosacos había establecido su base, cruzaron el Anillo y se dirigieron al Estanque de los Patriarcas.

Moscú era imponente. Tan enorme que no parecía que la hubieran construido seres humanos, sino cíclopes de tiempos antiguos para que la habitaran cíclopes. Las calles eran demasiado anchas para unas gentes demasiado pequeñas; las casas, demasiado altas, demasiado esplendorosas para la vida cotidiana: granito, mármol, oro. ¡Al marchar por sus calles, el pecho se les hinchaba de orgullo por ser una pequeña parte de todo aquello, por ser ciudadanos de Moscú, herederos de aquella potencia ancestral que había logrado erigir algo semejante! Bastaba con andar a lo largo del Anillo de Jardines para darse cuenta: no somos unos miserables, no somos una chusma sin raíces, nos erguimos sobre los hombros de los titanes del pasado, y esos titanes, desde las sombras del mismo pasado, nos dirigen una mirada amorosa... y exigente.

Las noches aún eran cálidas. Estaban impregnadas del calor suave de junio, no del pesado bochorno de julio. Un viento leve soplaba por las aceras y arrastraba la pelusa de los álamos jóvenes que se habían plantado no hacía mucho tiempo en lugar de los troncos carbonizados. Las casas tenían un olor agrio, como a medicina, a pintura reciente. Las campanas de un centenar de iglesias moscovitas se mezclaban con las voces y las risas que se oían en los cafés, y que escapaban con la misma ligereza que la pelusa de los álamos por las ventanas abiertas de par en par.

Las farolas del Estanque de los Patriarcas estaban todas encendidas. Los policías montaban guardia en las esquinas y trataban de fruncir el ceño, pero en realidad se habían relajado a fuerza de tratar con los insignificantes problemas y las preguntas de las gentes del lugar. Muchachas con vestidos holgados fumaban en pequeños grupos en la puerta de los restaurantes, cotilleaban sobre sus respectivos pretendientes y examinaban con la mirada a los hombres que pasaban. Los pretendientes en cuestión, civiles trajeados, se repantigaban en las mesas, algo aplatanados ya por el calor de la noche y el vino espumoso, y miraban con ironía a los tres cosacos uniformados. Sí, y los cosacos se sentían incómodos en aquel lugar... con la única excepción de Krigov, por supuesto. Krigov había nacido en Moscú.

El padre de Krigov era cirujano y su madre trabajaba en los archivos. Su apartamento, donde Lisitsin había brindado poco antes por la decoración, se hallaba junto al Anillo de Jardines, pero al otro lado, dentro de la franja más cercana al centro, llamada Círculo de Plata... y era solo suyo, no lo compartían con nadie. Los padres se enorgullecían de su hijo hasta la locura y también temían por él hasta la locura. En Derbent, Krigov era un niño bonito de ciudad, un moscovita, y por ello siempre se hallaba en lo más peligroso del combate, aunque solo fuera para demostrar que las gentes de Rostov no lo aventajaban en nada. Pero allí, en la capital, estaba como pez en el agua.

A Lisitsin, en cambio, no le bastaba el uniforme hecho a medida, ni su primera Cruz de San Jorge, ¡que el propio soberano le había prendido en la solapa! Ni siquiera los cien gramos de vodka que se había bebido antes de salir del cuartel para cobrar ánimo y enfrentarse a la noche moscovita. Para él, como para Balasanyan, el Círculo de Plata albergaba una vida misteriosa, una vida que no se asemejaba a nada que conocieran y, por eso mismo, les parecía un sueño.

Su realidad estaba en otro lugar, cerca de Derbent, en las refriegas contra los *abreks* de barbas morenas, en los asaltos contra sus aldeas de piedra, en las misiones de exploración por sus asentamientos destrozados por las bombas, donde todo podía venirse abajo en cualquier instante. En aquellos parajes, el corazón los martilleaba, se embriagaban de adrenalina, el mundo se teñía de colores estridentes... ¡hasta el gris hormigón, las negras montañas, la niebla lechosa! Pero el lugar donde se hallaban en aquel momento... parecía una película sobre el mundo anterior a la guerra, sobre una realidad paralela que habían visto en la pantalla de una vieja tableta con el cristal astillado, cubierto de rasguños. Quería creérselo, pero no lo lograba.

Y aquella noche tenía otro motivo para no dejarse ir: su mente aún estaba presa en lo que había vivido durante el día.

Krigov se reía, soltaba obscenidades deliciosamente groseras, Balasanyan le seguía la corriente con amargura y Lisitsin trataba de ponerles buena cara. Pero tenía la angustia en el corazón. Yuri pensaba en algo que Krigov no había visto: la mirada del antiguo atamán Poluyarov en el momento en que el soberano le había ordenado que entregara el sable.

Poluyarov era célebre por vengativo.

—Hay serpientes que, si las decapitas, su cabeza cortada te morderá igual y te inyectará veneno después de muerta —le había dicho Lisitsin a Sasha Krigov mientras comían con los padres de este último. Pero Krigov le había hecho un gesto para que se callara.

Fueron a parar a una bodega y Krigov pidió champaña para los tres... para sumergir las Cruces de San Jorge en él y «bautizarlas». Balasanyan, a quien aún no habían contado lo ocurrido, se aburría. Se quitaron las Cruces y las vieron hundirse en el líquido espumoso —Lisitsin con abatimiento, Balasanyan con envidia, Krigov con buen humor—, y entonces Krigov intercambió la copa con Balasanyan.

Le dio su copa y tomó la otra, donde no había ninguna cruz. Y la vació antes de que Balasanyan pudiera comprenderlo. Entonces, le contaron a Vazgen toda la historia... sobre la condecoración, sobre el zar, sobre el atamán degradado que había tropezado con la alfombra. El cabeza hueca de Krigov se reía, Lisitsin contaba las cosas tal como habían ocurrido.

—¿En la misma cara del soberano? —preguntó Balasanyan, admirado, con la característica «r» armenia.

—Poluyarov no nos dejará pasar esta —advirtió Lisitsin mientras se sacaba del bolsillo pipas de girasol tostadas. Siempre llevaba en cantidad.

Pero pidieron un vodka y luego otro y otro... y Vazgen, por fin, accedió a ponerse la cruz dorada en el pecho... solo en broma para ver cómo le quedaba.

—¡Creo en la sabiduría y en la gracia de nuestro soberano! —dijo con voz solemne.

Brindaron por ello. Se comieron las pipas. Balasanyan se reía. ¡Ah, necio Balasanyan, tú te crees que puedes recibir una cruz dorada de las manos de Sasha Krigov y no del propio autócrata! Lisitsin sentía la necesidad de quitarse de la garganta aquel sabor amargo. Fue a la barra a pedir la siguiente ronda de vodka y fue allí donde encontró a Katya.

Es decir, en aquel momento aún no sabía que se trataba de Katya, lo único que vio fue una mano sobre la barra, con la muñeca extraordinariamente delgada, como de niña, y dedos largos y hermosos, casi transparentes, que sostenían el pie de una copa. El vino de la copa tenía color de sangre fría y venosa, mientras que la mano parecía carecer de sangre en absoluto. Aquello le pareció a Yuri un mal presagio, miró con recelo la mano de Katya y la copa de vino que esta sostenía.

Aquella mano no había sido concebida para agarrar ni sostener ningún objeto. Tal vez para tocar sonatas en un piano. Pero desde luego que no estaba pensada para sujetar ni arrastrar nada.

Entonces, la muchacha dejó la copa, tamborileó con los dedos sobre la barra y observó la reacción dubitativa de Yuri, y luego le hizo una uve con los dedos. El hombre, al ver el signo de la victoria, exhaló un suspiro de alivio y solo entonces echó una mirada perezosa a la propietaria de aquellos dedos de pianista. Al principio ni siquiera se dio cuenta del anillo de oro que llevaba en el dedo índice.

—¡Por la victoria! —dijo Lisitsin a la Katya del futuro.

—¡Eso es, por la victoria! —respondió ella.

Toda su apariencia parecía poco adecuada, tan poco adecuada como sus muñecas y sus manos, para la vida que se vivía en el exterior del Anillo de Jardines. Los hombros eran demasiado delgados, el cuello demasiado de cisne, las clavículas, los pómulos, el pecho... todo se veía tan frágil como si hubiera estado hecho con papel plegado. Los ojos eran dolorosamente grandes... como si la Katya del futuro, al crecer, hubiera conservado los ojos sorprendidos, los ojos abiertos como platos de su niñez.

Ni una sola mujer cosaca habría visto una rival en aquella bailarina anémica. Allí, a lo largo de las fronteras de Moscovia, vivían mujeres de otro fuste, mujeres con cabellos y nervios duros como el alambre. Sus muñecas

y caderas eran como las de los hombres de Moscú y su coraje doblaba al de estos. Las mujeres cosacas no habrían sentido más que lástima por la tal Katya, aquella musa etérea.

Y por eso mismo, Lisitsin, también habitante de la frontera y desengañado del rudo amor que se practicaba en ella, no pudo evitar enamorarse de la Katya del futuro. Envuelto en las brumas de sus ojos de borracho, deslumbrados por las lámparas del café, contempló su flequillo recto, la melena que le llegaba a los hombros, sus ojos verdes... y estos le atraparon la mirada.

—¿Tú qué eres? ¿Cosaco? —preguntó ella, y se rio.

—Eso mismo —respondió él—. ¿Y tú?

Y, de hecho, era bailarina y servía en el *Corps de Ballet* del teatro Bolshói. Lisitsin se divirtió al oír que una bailarina «servía», igual que un militar. Se había roto el hielo.

—Entonces, tú también eres soldado —dijo a la joven.

—Todo soldado lleva un bastón de mariscal en la mochila —le respondió Katya—. Pero parece que en la tuya llevas pipas de girasol.

Solo entonces Lisitsin dejó de masticar.

—Bueno, vale... pero son ecológicas, las traje de Rostov. Ah, lo he llenado todo de cáscaras...

—¿Y no tiene usted nada para ofrecerle a una dama, *yesaúl*?

—Soy *sótnik*, no *yesaúl*... ¿te apetece... un puñado de pipas? —preguntó Lisitsin, desbordado por la timidez.

—Venga, vamos a vaciarte un poco la mochila, a ver si así hacemos sitio para el bastón de mariscal.

La joven le tendió aquella mano tan poco adecuada. El hombre le echó un puñado de olorosas pipas de girasol.

—¿De tu propio huerto? —preguntó Katya.

—No... Lo que sí tenemos es miel. Mi padre tiene colmenas.

—¿Pero no llevas miel encima?

—No te hagas la graciosa. Ahora florecen los castaños, ¿no puedes imaginarte qué sabor! Y luego empezarán las acacias, la miel está para comerse los dedos. La próxima vez te traeré.

Katya sonrió.

—Y luego dicen que los hombres no quieren trazar planes a largo plazo.

Krigo se acercó a ellos. Le quitó a Lisitsin una cáscara de pipa que le había quedado en el labio.

—¿A ti qué te pasa? Tus camaradas se han quedado sin munición y tú te quedas aquí... Ah. Hola. Perdón. El *sótnik* Lisitsin ha abandonado su unidad sin la autorización preceptiva. Lo aguarda un consejo de guerra.

—Lisitsin soy yo —explicó Yuri.

—Y yo soy Katya.

Así fue como la Katya del futuro entró en el presente.

Entonces, los dos hombres salieron a fumar, y Krigov le arreó una palmada en la espalda a Yuri.

—La Katya esa no está nada mal. Es de tu tipo, ¿eh?

—Venga, no me toques los huevos.

—¿Qué te pasa?

—Pues que es de Moscú. Y además lleva un anillo con el sello de oro. Hermano, tú naciste en Moscú y tienes permiso de residencia para esta ciudad. Y a mí, en cambio, se me terminará la visita en tres días y tendré que fastidiarme y regresar al asentamiento de cosacos.

—¡Pero, si te casas con ella, el permiso de residencia será automático! —respondió Krigov.

—¿Estás zumbado o qué? No puedo —afirmó Lisitsin—. Tú ya me conoces, ¿verdad?

—Bueno, sí, claro que te conozco, tonto del culo. ¿Cómo es que no...?

—Como si me quisiera para nada. Es bailarina. ¡Del ballet imperial! Y yo un palurdo del último pueblo.

—¡Si tú no la quieres, me la quedo yo! —advirtió Krigov.

—¡Oye, un momento! —replicó Lisitsin.

Entonces, la puerta se abrió y Katya apareció en el umbral con un cigarrillo.

—¡*Sótnik* Lisitsin! —dijo—. Quiero plantearle una propuesta. Un reto. Krigov le encendió el cigarrillo. Y también fue Krigov quien preguntó:

—¿Qué propuesta?

—Mañana habrá un baile. No sé qué chorrada de beneficencia. El baile es mañana y aún no tengo con quién ir. Quiero decir que no tengo un caballero que me acompañe.

Lisitsin, desesperado, se volvió hacia Krigov.

—¿Y cómo es posible que una bella como tú no haya encontrado a ningún caballero? —preguntó Krigov.

—Porque el que tenía me dejó —replicó Katya—. Pero yo no hablaba con usted. ¡*Sótnik* Lisitsin! ¿Está usted dispuesto a salvar a una dama en peligro?

—E... es que no sé bailar... —empezó a decir Yuri, con los ojos puestos en Krigov.

—¡Yo sí sé! —replicó este.

—Ya te enseñaré yo —dijo Katya.

—¿Y dónde es ese baile? —murmuró Lisitsin.

—En el Metropol.

—¿Eso está... dentro del Anillo de Bulevares?

—Al lado del Kremlin.

—No me dejarán pasar.

—¡A mí sí! —dijo entonces Krigov.

—Déjalo en mis manos —replicó Katya.

La joven era extraordinariamente bonita. No solo «bonita»... Era una verdadera belleza. Lisitsin la contemplaba con miedo, temeroso de asustarla con una palabra estúpida o un movimiento descuidado. Y miraba de reojo a Krigov, airado, porque no se marchaba, sino que estaba a la espera de que Yuri le dejara vía libre.

—Eres como una mariposa —le dijo a Katya, inseguro—. Una bella mariposa. Tengo miedo de que te marches volando.

—¡Qué romántico eres! Pero al menos no me has tomado por abeja. Bueno, ¿qué me dices?

Estaba borracha, pero Lisitsin también. Y como ambos estaban borrachos, era una situación equilibrada. Como ambos estaban borrachos, Lisitsin era capaz de creerse que de verdad iría al baile con ella, que el interés de la muchacha no se debía tan solo a la curiosidad y a las ganas de divertirse, que iba a responder a sus cartas y que tal vez algún día —¿acaso era posible?— iría a vivir con él.

¡¿Qué quieres de ella, Sasha?! ¡¿Qué me dirás ahora? ¿Que no has visto una bailarina en tu vida y que no vas a ver otras cien?! ¡Esfúmate ya!
¡El tercero sobra!

Yuri arrojó una mirada asesina a Krigov, pero era como si este se hubiera quedado ciego y no reconociera las señales de Lisitsin.

—¡Eh, ahí están los nuestros!

Balasanyan, abandonado por sus camaradas, había salido a respirar aire fresco y los vio antes de que los otros dos lo vieran a él. Entonces, en medio de la ruidosa multitud, se acercó una patrulla de cosacos, apartando a los civiles.

Lisitsin, de pronto, recobró la sobriedad, se puso firme e hizo como que miraba a lo lejos.

—¿Vienen por nosotros?

—¿Eso es paranoia? —preguntó Krigov, sonriente—. ¿O delirios de grandeza?

Pero Lisitsin tenía ya muy claro que no, que aquello no era ningún delirio. Sus ojos se encontraron con los del oficial al mando y no pudieron apartarse de ellos. El oficial reconoció a Krigov y a Lisitsin, y aceleró el paso. Ya no avanzaba simplemente, sino que iba directo hacia ellos. Un *yesaúl* y dos *sótniks*. Aquello no era una patrulla. Venían a arrestarlos.

El propio Krigov había terminado por darse cuenta. Se pasó la mano por los cabellos revueltos. Aquello iba en serio.

¿Tenían alguna posibilidad de huir? ¿O de esconderse? No llevaban armas. Cuando salían de permiso por Moscú, no se les permitía llevarlas. Ni siquiera un sable. Lisitsin se hizo cargo de la situación y concluyó que lo más importante sería preservar la dignidad. Se volvió hacia Katya.

—Será mejor que te marches.

Ya era demasiado tarde. El *yesaúl*, con la mano sobre la empuñadura del sable, se había detenido frente a Lisitsin. Chocó los talones. Los miró con severidad.

—¿*Sótnik* Lisitsin, *sótnik* Krigov?

—A la orden, señor.

—Háganme el favor de venir con nosotros.

Lisitsin había esperado aquello desde el mismo instante en que el atamán Poluyarov tropezó con la alfombra del Salón de San Jorge. La cabeza cortada de la serpiente los había mordido a ambos... y no le cabía ninguna duda de que el veneno los iba a matar.

Krigov miró al *yesaúl*.

—¿Nos hallamos bajo arresto, señor?

Katya se obstinó en quedarse allí, no se marchó. Miraba con recelo, no quería separarse de Lisitsin.

—¿Bajo arresto? No, en absoluto. —Entonces, el *yesaúl* miró a Katya, como dubitativo—. Preferiría no tener que hablar en presencia de civiles... El general Burya..., el atamán quiere verlos. El nuevo atamán. El anterior..., Poluyarov..., se ha suicidado.

4

Al día siguiente, un desgarrado Lisitsin entró con Katya en el salón principal del Metropol, donde se iba a celebrar el baile. Había vuelto a ponerse

el uniforme de desfile, con las hombreras de *sótnik* bien colocadas. Katya llevaba un vestido blanco, una prenda de noche que parecía de novia.

Los invitados llegaban al hotel en limusinas laqueadas Maybach. Databan de antes de la guerra, por supuesto, pero operarios tayikos las habían reparado en sus talleres ilegales hasta dejarlas como nuevas. Los recibían porteros impecables, ataviados con camisolos, bombines y guantes blancos. Era un estilo de vestir extraño pero impresionante. Los porteros confiaban a los huéspedes al cuidado de los camareros, que al instante les ofrecían canapés y vino espumoso de Crimea en copas de cristal. Al otro lado de las puertas de madera de roble tallada, se oía música de tambores y trompetas.

Lisitsin se esforzó por contener un estremecimiento.

Hasta entonces solo había bailado en las discotecas de su microdistrito. Bueno, sí, y en la escuela de oficiales habían aprendido algunos pasos clásicos, lo que tiene que saber quien lleva la escarapela de la Guardia Blanca... Los días laborables les daban clases para que hablaran correctamente y supieran lo básico sobre la historia del Imperio Ruso, y los fines de semana les enseñaban a bailar la cuadrilla. Pero tan solo la cuadrilla, no el vals.

Katya le había dicho que no tuviera miedo. Lo agarró con resolución y, haciendo como si fuera el hombre quien la llevara cual figurilla de porcelana, lo guio por la sala. La joven le llegaba tan solo al pecho. Parecía que no pesara... Ella misma había explicado a Lisitsin que así es como tiene que ser una bailarina para que su compañero pueda tomarla en brazos sin problemas.

Pero, a pesar de lo que dijera Katya, Lisitsin estaba aterrorizado ante la idea de tener que bailar el vals.

Para que no hiciese el ridículo por completo, se habían encontrado por la mañana y habían ensayado durante tres horas en un patio bombardeado—uno de los típicos patios interiores accesibles desde la calle que se encuentran en las ciudades rusas—, más allá del Anillo de Jardines. Durante aquellas tres horas, Lisitsin había logrado enamorarse perdidamente de ella, pero sus pasos de baile no habían mejorado. A pesar de todo, la muchacha le había impuesto una condición irrenunciable: tenía que presentarse al anochecer en el Metropol.

Lisitsin no entendía a qué venía todo aquello. Aquella muchacha con sombra de ojos y espectaculares pestañas, hombros desnudos y una especie

de talle infantil, ataviada con aquel extraño vestido, estaba claramente destinada a uno de los caballeros viejos y gordos en frac, o a uno de los niños presumidos que se detenían frente a la entrada con sus Maybach negras como el carbón. Pero no a Yuri..., un soldado grosero e inculto, un pueblerino.

Yuri lo sabía, y por eso estaba sudoroso y de vez en cuando tropezaba, y era incapaz de hacer un solo comentario ingenioso. Y Katya flotaba sobre el suelo, regalaba con sonrisas a los presentes y presentaba en vano a Lisitsin a algunos de sus amigos bohemios, que llevaban nombres extraños e imposibles de recordar.

El momento del desastre se acercaba. El maestro de ceremonias compareció, hizo sonar una campanilla y pidió a los asistentes que terminaran enseguida con el champaña y devolvieran las copas a los camareros, porque tan solo faltaban unos minutos para que empezara el baile. Yuri dejó su copa y agarró la siguiente, y la vació de un solo trago.

Y, entonces, un hombre se les acercó —un hombre desagradable a primera vista, que habría sido alto si no hubiera ido tan encorvado, que habría pasado por joven si no se hubiera esforzado tanto por parecerlo— y saludó a Katya con voz quebrada. Lisitsin se dio cuenta de que la joven se alegraba de verlo y al mismo tiempo no se alegraba. El sujeto no saludó a Yuri, hizo como que no lo veía, como si el *sótnik* Lisitsin hubiera vestido uniforme de camarero y no de oficial.

—Veo que has encontrado enseguida sustituto —dijo.

—No me ha costado mucho. Agarré al primero de la cola. —Katya ladeó levemente la cabeza—. Esa cola que va desde aquí hasta el Bolshói.

—Sí, claro. El primero de la cola. Después de todo, nunca has sido muy selectiva.

Katya le hizo algo parecido a una reverencia.

—Tú eres la prueba viviente.

—Eres una puta. Una puta de mierda —replicó el encorvado, con una sonrisa biliosa.

Y, entonces, por fin, Lisitsin, que se había ido tensando con cada una de las palabras que el otro graznaba, perdió los estribos y le arreó al carbón un doble directo bien ensayado. El segundo golpe se lo dio en la mandíbula. Lo derribó.

Los de seguridad se presentaron de inmediato, le agarraron ambos brazos a la espalda, lo sacaron a empujones del Metropol, amenazaron con llamar a la policía... y, si no lo hicieron, fue porque el uniforme les inspiraba respeto.

Lisitsin parpadeó y prendió un cigarrillo. Aguardó un minuto, dos minutos... Katya no salía. El corazón se le llenó de amargura. Se decía a sí mismo que por lo menos se ahorraría el ridículo a la hora del vals. Ya era algo.

Pero Katya no salía..., no. ¿Sería que se había arrodillado junto a aquel imbécil y le estaba echando agua fría en la cara?

Así, ese era el motivo por el que había arrastrado a Lisitsin al baile..., para paseárselo por la cara a un antiguo *sugar daddy*, para vengarse. Ya, estaba claro. Eso era lo que pretendía. Y en aquel mismo instante estaría pidiéndole perdón por haber ido con aquel troglodita.

¡Pues que se quedara con él!

No, un momento, no podía dejarlo correr, así como así... Katya era buena chica y cuando quería era sencilla. Le había enseñado los pasos de baile en el patio en ruinas, le había explicado en pocas palabras cómo contar el vals, se había mostrado impaciente y sin embargo gentil, no engreída... Se había reído de los patéticos chistes de Lisitsin... ¿Y tan solo por aquello? ¿Para poder pasearse con Yuri sujeto, con una correa frente a aquel reptil?

Lo único que le importaba era Katya. Katya era toda su vida, era el futuro.

5

El general Burya, recién ascendido a atamán, buscó un cofrecillo en el cajón de un escritorio con el que no estaba familiarizado, sacó torpemente la Cruz de San Jorge con la mano que le quedaba y la prendió en la solapa de Balasanyan. Le costó cerrar la aguja.

—El resto ya lo harás tú solo. Y ahora lárgate, que el mal olor se siente desde lejos.

Balasanyan resopló, feliz, y se marchó.

—Tú también puedes irte, Lisitsin.

Yuri volvió los ojos hacia Sasha Krigov. Los estaba esperando. Burya le hizo un gesto con la cabeza.

—¡Krigov! ¿Conoces al coronel Surganov?

El coronel estaba allí mismo. Parecía más bien un carnicero y no tenía ningún problema en repantigarse en el sillón, aunque se hallara en presencia del atamán. Pero al oír sus palabras enderezó el cuerpo.

Sasha se volvió hacia Yuri y le hizo a su vez un gesto con la cabeza para que saliera. Lisitsin saludó, pero se entretuvo en la puerta, con la esperanza de oír el inicio de la conversación.

—Nuestro soberano, el emperador, se ha fijado en ti a raíz del incidente de ayer. Quiere volver a verte. Desea encargarte una misión especial. Un momento..., ¿te falta algo, Lisitsin?

Yuri salió y cerró la pesada puerta.

Krigov no llegaría a contarle en qué consistía la misión especial. Pero un par de días después se presentó en el cuartel con hombreras de *podyesaúl*. Apenas tuvieron tiempo de brindar por la promoción. Mandaron a Lisitsin de vuelta al Cáucaso y Krigov se quedó en Moscú. No volvieron a verse.

A Yuri le parecía que el soberano había errado, que había depositado su confianza en la persona equivocada. ¿Qué méritos tenía Krigov? Sí, vale, de acuerdo, había sacado a la luz el caso de Balasanyan. ¿Y por qué? Porque ya lo tenía todo, porque era moscovita e hijo de médico, y había gozado de una verdadera educación. ¿Y por qué había llamado Lisitsin? Porque había tenido que recorrer un arduo camino para llegar a la posición de *sótnik* y sentía pánico ante la posibilidad de que lo devolvieran a la escala básica. Y una vez más, Sasha se lo llevaba todo: la promoción, la misión especial y la confianza personal del emperador...

Estaba celoso y de nada le servía. Al César lo que es del César y a la chusma lo que es de la chusma.

Y lo de Katya no había ido a ningún lado.

6

Katya había salido precipitadamente a la calle, al cabo de tan solo cinco minutos. En aquellos cinco minutos, Lisitsin se había despedido de ella para siempre y se había resignado, con el corazón partido, a regresar a su guarnición en el Cáucaso. Había jurado que no volvería a enamorarse y se había propuesto en firme abandonar el ejército e ingresar en un monasterio, o, por lo menos, evitar todo trato con mujeres, salvo con prostitutas... Con estas últimas, al menos, la cosa está clara de entrada.

Pero, entonces, Katya dio al traste con toda su determinación.

De entrada, lo besó en los labios y le dijo que nadie le había hecho un regalo tan maravilloso en mucho tiempo. Que el cochino al que Lisitsin

había derribado era un célebre filántropo, un importante mecenas del Ballet Imperial, que a cambio de sus donaciones buscaba víctimas entre las bailarinas, no se molestaba en cortejarlas, iba diciendo que la compañía de ballet era su harén y que cuando había destruido la reputación de una de las muchachas iba de inmediato a por otra. Pero al llegar a Katya, había mordido más de lo que podía tragar. El filántropo no podía perdonárselo y se había propuesto arruinarle la carrera. Pero, aunque probablemente lo conseguiría, Katya pensaba que era hermoso que terminara de aquel modo.

Volvió a besarlo y Lisitsin creyó en sus palabras.

Le quedaban otros dos días antes de regresar al Cáucaso.

Era poco tiempo, muy poco. Para aprovecharlo al máximo, lo pasaron en la cama. Cuando se despidieron en el andén de la Estación de Kiev —de la que, por supuesto, no salía desde hacía mucho tiempo ningún tren para Kiev—, Katya no lloró. Bromeó sin parar —bromas duras y divertidas— y en el momento de separarse le pidió a Lisitsin su mano y su corazón.

7

El coronel Surganov, que por su aspecto parece un carnicero y por su rango es jefe de contraespionaje, asiente con irritación.

—¿Y tienes alguna idea sobre cuál es la misión secreta que el *sótnik* Krigov tenía que llevar a cabo?

—¡Ninguna, señor! —La respuesta de Lisitsin es sincera.

El carnicero lo observa con atención. No parece que albergue malas intenciones.

—El *sótnik* Krigov tenía que encabezar la expedición que el emperador ha enviado a las fronteras orientales. Al Volga.

—¿Contra los rebeldes?

—Verás... Nosotros creemos que los rebeldes desaparecieron hace tiempo. O murieron, o enloquecieron... Han pasado muchos años. No se ha sabido nada más de ellos..., no dan trazas de vida.

— Entiendo, señor.

—Pero la expedición de Krigov se ha esfumado sin dejar rastro. Y se había llevado a nuestros mejores hombres, seleccionados en la 19ª Brigada.

Surganov sacude un paquete de cigarrillos caros de importación. No se sabe cómo los ha conseguido, ni cómo han llegado a Moscú desde el

Ocidente hostil. Lisitsin piensa que Sasha Krigov debe de estar vivo. Surganov enciende el cigarrillo. No le ha ofrecido ninguno al cosaco.

—Lo que es peor, tenemos noticia de que el último puesto que se encuentra en esa dirección se ha rebelado. Yaroslavl.

—¿Se ha rebelado? ¿Pero por qué?

—Bueno, es que... metimos la pata... Hubo disturbios... porque no se resolvieron a tiempo los problemas de aprovisionamiento... Pero, es que... Hmm... Yo, personalmente, creo que hay otros factores en juego. Cosas más graves. Que los rebeldes del otro lado del Volga han infiltrado provocadores. En cualquier caso..., querríamos ponerte al frente de este caso.

El coronel mira a Lisitsin con ojos expresivos. Lisitsin está ojiplático. El coronel aguarda.

—¿Tengo que ir a restablecer el orden? —pregunta Lisitsin.

—Al menos, a descubrir qué diablos ocurre —responde Surganov, echando humo por la boca—. Y si es posible, restablecer el orden, sí. Y aún será mejor si descubres adónde ha ido a parar tu amigo Krigov.

—A la orden, coronel.

El carnicero asiente.

—Y tú, ¿de verdad que no sabes nada de lo que sucede al otro lado del puente? ¿Ni de lo que ocurrió allí durante la guerra?

—¡No, señor, no sé nada! —responde Lisitsin, sin mentir.

—Ya veo. Entonces, habrá que empezar a ilustrarte. Y voy a decirte otra. No hagas planes para mañana. Mañana, amigo mío, el emperador te recibirá en persona.

—¿A mí? ¿En persona?

Lisitsin siente que la cabeza le da vueltas.

—Sí. A ti. Así que, por favor, no te canses hoy. Acuéstate temprano.

—S... sí, desde luego..., mi señor coronel...

—Y a partir de ahora, llámame Iván Olégovich, por favor, Lisitsin. Como si estuviéramos en familia. Oye, ¿qué es ese anillo que llevas? ¿Su sello es de plata? Venga, te daré el mío, que tiene el sello de oro. Puedes llevarlo hasta el día de la partida.